

COLECCIÓN  C E I B A

# A la sombra del mar

*Jornadas cubanas con Reinaldo Arenas*

Juan Abreu



EDITORIAL  CASIOPEA

Juan Abreu

---

**A la sombra del mar**  
*Jornadas cubanas con Reinaldo Arenas*

Editora: Marta Fonolleda  
Director de la Colección: Iván de la Nuez  
Diseño de la colección: Original i Cópia  
Diseño de la portada: Pablo Martínez

Fotografía de la portada: © Marcia Morgado  
Corrección: Paloma Cirujano y Celia Montolío

Primera Edición: Marzo, 1998  
© Marta Fonolleda, Editorial Casiopea, 1998

Los textos originales de *A la sombra del mar* forman parte de la colección de manuscritos de Juan Abreu de la Universidad de Princeton, New Jersey.

Editado por Marta Fonolleda, Editorial Casiopea

ISBN 84-923649-0-4

# Introducciones

# 1

## Pequeño elogio de la escoria

*Dios que salva el metal, salva la escoria.*  
BORGES

Bajo la tibia noche barcelonesa, regresó. Nada la presagiaba. Esa sensación de extrema soledad que te ramifica. Una exaltación que sólo acude muy de tarde en tarde. Mezcla de sosiego, tristeza y espacio sin tiempo ni muerte; mezcla de conminación y de imbatible e injustificada esperanza. Esa sensación, recuerdo, llegó en otras ocasiones de manos de mi madre. Pero esa noche a la que aludo, noche de mayo untada de amistad, calor, buena comida y grata conversación, me tomó por sorpresa. La convocó una palabra. Y eso fue diferente, inesperado. Otras veces, como he dicho, fue traída por mi madre. Ella, echada en la cama (la llama de la vela ante San Lázaro tiembla en el calor espeso del verano habanero) me mira y de repente un chorro de algo me inunda. Nunca he sabido qué, pero es algo poderoso que me toma, impone una paz, un espacio sin pérdida, sin separaciones ni distancias. Eso que se instala casi físicamente a mi alrededor está poblado de fantasmas. Fantasmas que sonríen, que hacen un gesto cómplice desde la nada y entonces no queda más remedio que sentarse y contar. O imaginar. Y seguir.

Un amigo catalán me invitó a cenar a la sombra de la Estación de Francia y charlamos, naturalmente, sobre Cuba,

y sobre lo que había vivido allá la gente de mi generación durante los años setenta. Hablábamos del absurdo de la dictadura. Un joven cubano, recién exiliado, estaba entre los comensales; curiosamente, me resultaba el más extraño de los presentes. Sería difícil explicar por qué, pero era evidente que habíamos nadado en diferentes mares y habíamos habitado diferentes Habanas.

Es difícil encontrar aquí en Europa demócratas cuyos principios liberales incluyan a mi desdichado país. Quiero decir que conozco a muchos demócratas honestos que, inexplicablemente, son incapaces de simpatizar (no hablemos de defender) con el derecho de los cubanos a disfrutar de una democracia pluripartidista y respetuosa con los derechos del individuo. En cambio, no han dudado un segundo en condenar a Mobutu, a Pinochet y, por supuesto, a Franco. Pero éste no era el caso en la noche a la que me refiero. Estábamos de acuerdo en cuanto a las características del régimen cubano. No me veía en la necesidad, como en otras ocasiones, de aburrirme tratando de demostrar lo evidente: que en mi país no hay democracia, ni libertad de expresión, ni de asociación, prensa o movimiento. Ni libertad de nada. Excepto de aplaudir incansablemente al viejo caudillo.

Así que disfrutaba de la agradable compañía y de la acogida que me dispensaban aquellos amigos. Y entonces, alguien mencionó la palabra. Alguien asoció la fecha de mi salida de Cuba en 1980 con los acontecimientos que estremecieron el país aquel año, y que culminaron en el llamado Éxodo del Mariel: «Así que tú eras parte de la escoria.» La palabra fue pronunciada a la ligera, sin intención peyorativa. Todo lo contrario, sonó como una burla a la forma en que el régimen cubano calificó a los «marielitos». La conversación continuó entre risas y sorbos de un excelente vino, pero yo ya no estaba allí. Esa sensación mágica de la que hablaba al principio se acercó como el estruendo de los grandes aguaceros. Un golpe oloroso sobre el polvo del

barrio. Esa antigua alegría que nos sube desde el estómago y se instala en los labios como la saliva del primer beso. Era escapar. Era volver.

Y estuve otra vez entre las hierbas húmedas, que me empapaban los pantalones. El chirriar de los tenis enchumbados. La neblina blanca y fría enroscada en los matorrales. El miedo. Y me aferró al cartucho que contiene la comida, la mochila con los libros. Estoy seguro de que los he burlado en alguno de los incontables cambios de guaguas. Aunque todavía miro a mi alrededor con la sospecha de que alguien me sigue. Nada.

El Parque Lenin está vacío y ni en los muros ya rajados de la represa se ve siquiera un pescador de los muchos que acuden a probar suerte, en busca de alguna biajaca con la que apuntalar la escasa dieta. Cuando llego a la tubería aparto los hierbajos y escudriño en la oscuridad llena de mosquitos. Llamo: «¡Rey!...¡Rey!» Nadie responde. Ya estoy a punto de marcharme al otro lugar de encuentro (acordado en la anterior visita) cuando algo se mueve en el extremo del cilindro. Es Reinaldo Arenas que emerge de un montón de cartones, trapos y periódicos. Una rata salta. Miro su rostro poseído, y flaco. Su rostro de escritor honesto, perseguido por diferente, por independiente, por homosexual, por libre. Veo todo eso desde mi sitio en la noche barcelonesa. Desde mi sobrevida, que se torna en ocasiones bochornosa, y me siento privilegiado de haber sido amigo de esa escoria cubana. Y me reconcilio con mi país, que lo dio a él, en una época llena de cobardes, delatores, oportunistas y canallas. Y derramo un poco de vino en su honor.

Mis compañeros de mesa piensan que he enloquecido. Pero no, simplemente viajo. El tiempo se abre como visceras frescas y veo a mi amigo Roberto Valero agonizando, devorado por el sida en un hospital de Washington. Muriéndose sin poder ver a su hija que se quedó. Sin poder volver a su Matanzas querida. Desconocido en su país, sin publicar una línea en su país, prohibido en su país. Y escu-

cho desde Miami su voz cascada, de anciano de 37 años que trata de reír. Su voz de vencedor. Voz que no claudicó ni se vendió; intentando mantener la ecuanimidad, tratando de enfrentar la muerte con vergüenza. Hablaba de sus últimos poemas, ¿valía la pena hablar de otra cosa? Se burlaba de la muerte el poeta Valero. Y sólo pido para mí la misma fuerza al Dios del Estrecho, al Dios del Mariel, al Dios de las Escorias, cuando llegue mi momento.

Apenas un año antes fuimos a ver el otoño. Marcia, Roberto, su esposa María Badías y yo. Conducíamos entre todo el oro y todas las hojas incendiadas del mundo por la Interestatal 83 con rumbo norte hacia el país de los amis. Los cuatro cantábamos y a cada rato deteníamos el coche para ver los ríos crecidos y llenos ya de pedazos de hielo. Por ahí anda una foto. Estamos apoyados en la baranda metálica del puente. Uno de esos puentes repetidos, idénticos, de las carreteras norteamericanas. Reímos, mientras a nuestras espaldas el bosque es una iluminación. Un centelleo anti-quísimo. Debajo, las aguas bullen escupiendo espuma en los colmillos carcomidos de las rocas, que asoman de la corriente. Continuamos riendo, gracias a la imagen que, por ahora, salva el instante de la infinita trivialidad, de la infinita desaparición. La muerte nos pisaba los talones y reíamos. María y Roberto se abrazaban con una felicidad arañada, delicadamente envenenada y única. A veces nos cruzábamos con camioneros (sin duda, personajes de Bukowski) y les gritábamos cosas en español, y fuimos marielitos felices —escorias felices— en aquel otoño antesala de la muerte.

Más tarde la voz de María en el teléfono y lo único que se me ocurre es sentarme al borde de la cama y pedirle a Borges que no nos falle, que tenga razón. Que Dios, si existe, se acuerde de salvar la escoria.

Entro, ese nefasto año de 1990 (aunque continúo conversando en Barcelona con los catalanes cercanos y el cubano lejano), en el Bass Museum, una noche copiosa y ardiente de Miami Beach. Recorro los salones llenos de muer-



te, llenos de poderosas telas y dibujos de otro marielito: mi amigo, el pintor Carlos Alfonzo. Carlos, acorralado también por la peste del sida, dejó a un lado los colores, la exuberancia festiva de sus telas enormes, y levantó en blanco y negro (y, claro, algunos tierras, y algunos verdes podridos) el más perfecto y lírico canto a la soledad, la fuga y la desolación del fin que ha producido la pintura cubana. Carlos pintaba máscaras y la muerte le dibujó una de sus propias máscaras, con sangre, en el rostro. Me detengo ante el cuadro titulado «*Madre*», que es un hueco espeluznante por el que asoman todas las madres de la separación, todas las madres que no han vuelto a ver a sus hijos, todos los hijos que no han vuelto a ver a sus madres. Toda la distancia impuesta por la vulgaridad, la intolerancia y la violencia en el poder. Y me siento agradecido a esta escoria que, al borde de la muerte, se alzó sobre sí misma y nos enriqueció, nos conmovió y nos adecentó al mirar nuestra tragedia mientras tantos miraban —y aún miran— a sitios menos problemáticos, menos peligrosos, más lucrativos. Gracias, Charly.

La noche de Barcelona, gruesa y goteante, fluye a mi alrededor mientras me posee esa sensación sin tiempo, que es como una plenitud. Siento la bondad, la rara bendición de ser libre. En el aire, en las voces de los que se agolpan y beben y hablan a gritos mientras la música es un oleaje que chapotea en los rostros. Hablamos de literatura, de mis ancestros que, posiblemente, hayan partido de estas tierras hacia el Caribe. El joven cubano, juvenilmente pedante, habla de Homero; no del cantor divino, sino de un monstruo pasado por la academia que espanta de sólo mirarlo. Quiere demostrarnos sus conocimientos. Yo, más viejo, trato de concentrarme en los ojos de una muchacha catalana. Ojos que ya contienen las noches griegas, el ponto inabarcable.

Y otra escoria acude. El novelista Guillermo Rosales, que en un cuartucho del South West se destrozó la cabeza con una treinta y ocho que nadie sabe de dónde sacó porque no tenía ni con qué comer. Guillermo, exiliado total,

narrador de nacimiento, *homeless* en la capital de los millonarios cubanos. Guillermo, otra escoria que antes de suicidarse tuvo la grandeza de dejarnos la mejor novela sobre el exilio cubano. La primera novela miamense, sin nostalgia, asentada en el desgarró y el desamparo que es también nuestra enseña nacional. Somos la intemperie, la insolidaridad, crear en medio de una conspiración perpetua. Y también somos Guillermo Rosales, que se dispara, salpicando todo de sangre (Miami y la isla entera), pero con su novela bajo el brazo. Dando testimonio. También vencedor.

Tibia noche de Barcelona, en la que al conjuro de una palabra volví a ser parte de la tropa. Volví a ser lo que más soy, un marielito, una escoria. Es decir, una forma de ser transgresor, marginal, según lo veo. Un hombre orgulloso de venir de donde viene. Alguien feliz de haber nacido en el mismo lugar que estos amigos que acabo de recordar. De esta gente que sabía que uno no puede venderse en lo fundamental, ni claudicar en lo fundamental.

Yo no creo en Dios y, sin embargo, alzo los ojos a este cielo pastoso e imploro por ellos, con humildad llena de vida y de peligro: «Por favor, no olvides a la escoria.»

## 2 Habana

Despierto, siento la dureza de las tablas de mi estrecha cama. Miro a mi alrededor. Las paredes despintadas, los libros apilados contra la división de *masonite*, forrada con recortes de revistas extranjeras. Sí, estoy en la vieja casa del barrio, en Poey. ¡Pero no es posible!, me digo, ¡estaba en Miami! Esto tiene que ser un sueño. Me doy un fuerte manotazo en el rostro. No, no estoy soñando, estoy en Cuba. Y entonces comprendo aterrorizado que el sueño era que estaba en Miami, que escapé por el Mariel. Y sólo después de sentir hasta la raíz ese pánico incontrolable, ancestral, de bestia acorralada, es cuando despierto verdaderamente. Y sí escapé, y suspiro, y me seco el sudor y mi corazón empieza a tranquilizarse. Y hasta me permito, al rato, sonreír. Esa pesadilla recurrente me persiguió por lo menos cinco años después de mi salida de la isla.

Odiaba mi ciudad. Que es mi país. No es que no considere Cuba mi lugar, pero si tuviera que definir mi procedencia, antes que cubano diría que soy habanero. Y como La Habana se había convertido en un infierno, la odiaba profundamente. Mi fundamental objetivo, desde que salí del Servicio Militar Obligatorio en 1970, era escapar de ese maldito lugar. Objetivo que la historia demostró poco después, al final de la década, compartían cientos de miles de mis compatriotas. Tiempo atrás había abandonado la esperanza de que la situación pudiese cambiar. Estaba conven-

cido de que la isla estaba perdida mientras imperara en ella aquel sistema enloquecido. Un sistema que, dicho sea de paso, se ensañaba con la capital del país, sometiéndola a un abandono sin precedentes que sólo podía provenir de un odio profundo por lo que ésta significó siempre: libertad, desenfado, transgresión, vitalidad, vida, y, por qué no, también sofisticación y elegancia.

Así que si me preguntan qué era La Habana para nosotros en aquellos años, tendría que responder sin vacilar: el Infierno. Una ciudad hambreada, asolada por un huracán de consignas, gobernada por una burocracia dedicada con todas sus fuerzas al embrutecimiento colectivo; una ciudad víctima de una soviétización creciente que nos hacía sentirnos como criollos de fin de siglo bajo la bota de un nuevo colonizador, al que algunos cubanos traidores habían vendido el país. Como era de esperar.

Yo vagaba por esa ciudad como un extranjero, tratando de encontrar trabajo, recién salido de una zafra obligatoria de diez meses para poder desmovilizarme del ejército, con la mochila llena de libros, intercambiando discos prohibidos (Creedence Clearwater Revival; Beatles; Blood, Sweat and Tears; Chicago), dejándome el pelo largo y huyendo de la policía que irrumpía sin falta en nuestras fiestas; a palo limpio, cazando melenudos y confiscando música del enemigo imperialista. Siempre teníamos hambre y siempre estábamos en alguna cola para comprar algo de comer. De mis vagabundeos me sacaron cuando me condenaron a trabajo forzado al aplicarme la Ley Contra la Vagancia; por la que, si no aceptabas trabajar donde decidían, te condenaban a hacerlo gratis, como un esclavo, en una granja para el Estado. Cuando salí del Plan Plátano, nombre del campo de trabajo forzado al que me enviaron, me ofrecieron empleo en una termoeléctrica en la bahía de La Habana, y tuve que aceptar. O me enviaban otra vez a prisión. Trabajaba, leía, eludía las recogidas de la policía ocultando el pelo debajo de una enorme gorra y me entregaba a una activi-

dad sexual bastante desenfadada, la única vital que teníamos a mano para alimentar nuestros cuerpos y espíritus. Ya había escrito una novela para niños, varios libros de poemas, una docena de cuentos, una trilogía teatral (*No son tan plácidas las olas del verano*), y como prefería pintar por encima de todo me presenté a exámenes para optar a una plaza en la Academia de Bellas Artes de San Alejandro. Fui elegido y me convertí en estudiante nocturno de dicha escuela. Detalle curioso, una de mis compañeras de clase era María Elena Cruz Varela, más tarde una notoria disidente.

Vagaba por aquella ciudad pensando en cómo abandonarla, corriendo detrás de los escasos ómnibus, con el estómago pegado al espinazo, eludiendo a los citadores de la reserva militar, enterrando a mis abuelas, teniendo un hijo, burlándome de la cultura oficial, embrutecido por los discursos interminables y las locuras infinitas y cada vez más delirantes de Castro. Vagaba por aquella ciudad en la que no se podía confiar en nadie. Donde los amigos frecuentemente terminaban siendo los delatores. Donde cualquiera podía estar confeccionando un informe, una evaluación política sobre tus actividades, con la esperanza de cambiarlo por un cupón de méritos revolucionarios que le permitiría, con suerte, conseguir un ventilador chino en la próxima asamblea laboral. Una ciudad como un gran basurero, en la que las ratas (nosotros) hociqueábamos sin cesar para ver qué pedazo de sobra encontrábamos para combatir el hambre y la miseria de nuestras almas. Un pueblo ocupado en encontrar qué comer día a día para no morir de hambre, difícilmente encontrará tiempo para conspirar. El hambre como arma de Estado, nunca como durante aquellos años fue tan evidente.

La década del setenta al ochenta fue sin duda la más oscura de estos casi cuarenta años de dictadura. Decir que este período fue el peor no pretende disminuir los rigores de los restantes. Todos han sido malos, pero en esos diez años se sumó a la infamia de la falta de libertades la humi-

llación de sentirnos colonizados por una potencia extranjera. La idolatría y la sumisión a los soviéticos llegó a tales extremos que los soldados cubanos, durante las ceremonias militares, juraban fidelidad eterna no sólo a nuestro país sino también a la Madre Patria Soviética. Nunca Cuba fue tan dependiente.

Por supuesto que en la represión y en el envilecimiento de la población también Fidel Castro se dedicaba a emular a sus mentores. Los intelectuales eran sospechosos simplemente por serlo. Los homosexuales, poco menos que venenosos corruptores de las generaciones futuras. El desprecio por la independencia de criterio se institucionalizó. Se suprimió todo vestigio de creatividad individual. La mezquindad y la delación se premiaban públicamente y se enseñaba a los niños en las escuelas tal y como antes se les impartían clases de Moral y Cívica.

En aquella Habana vivíamos. Éramos jóvenes y creíamos que el arte era una fuerza sagrada por la que valía la pena arriesgarlo todo. Teníamos miedo y nunca creímos en la cultura oficial de nuestro país. «Fuera de la Revolución todo, dentro de la Revolución nada» podía haber sido nuestro lema. Éramos pocos (nunca llegamos a diez, incluyendo a Luis de la Paz, Marcos Martínez y José Díaz, que eran aún más jóvenes y empezaban a producir sus primeros poemas y relatos) y nuestra experiencia cultural se manifestaba en torno a dos figuras formadoras, Reinaldo Arenas y mi hermano José. Rendíamos culto a los libros y a los autores rebeldes, o que percibíamos como tales. Organizábamos maratones de lecturas y tertulias, escribíamos incansablemente y estábamos convencidos de que en esas actividades radicaba el único sentido que podían tener nuestras existencias. En esos libros, que todavía me acompañan, que siguen siendo parte fundamental de mi vida, aprendí todo lo que sé. Esa etapa que abarcó más o menos desde 1970 a 1974 estuvo vivamente dividida en dos fases. La primera, que se extiende hasta la detención de Reinaldo, fue domi-

nada por un gran impulso creativo y relativa tranquilidad. Nos reuníamos en el Parque Lenin donde leíamos la «producción de la semana». Creamos una rudimentaria revista literaria, *Ah, la marea*, que distribuíamos entre nosotros mismos. Nos imponíamos «metas» de lectura y escritura. Reinaldo reinaba allí como un dios tutelar, pero un dios cercano que leía fragmentos de *Otra vez el mar* o *Leprosorio* y luego iba a encaramarse con nosotros en la mata de mangos más cercana. O a participar en una carrera de velocidad a campo traviesa. Dos escritores representaban la dignidad y la integridad intelectual: José Lezama Lima y Virgilio Piñera. Otro (tras su retractación en la UNEAC<sup>1</sup>), la abyección total: Heberto Padilla. Nunca esperamos nada, en términos de ejemplo ético, de Alejo Carpentier o Nicolás Guillén, pero de Padilla sí. Lo considerábamos un traidor.

La segunda etapa comienza con la fuga de Arenas, su refugio en el Parque Lenin y su posterior encarcelamiento. Cuando salió en libertad evitamos vernos por algún tiempo, dado que él estaba estrechamente vigilado y nosotros todavía guardábamos algunos de sus manuscritos. Transcurridos algunos meses volvimos a visitarnos y mi hermano Nicolás, que sabe de carpintería, consiguió madera y le ayudó a fabricar una barbacoa<sup>2</sup> en el apartamento de la calle Monserrate. Nos citábamos para ir al cine, o lo ayudaba a desmantelar un convento a través del hueco practicado en una de las paredes de la casa de Clara Morera. Las tertulias se hicieron muy esporádicas, aunque nunca desaparecieron del todo. Pero ya nada volvió a ser como antes.

Esos años oscuros llenos de inseguridad y desamparo desembocan en la toma de la Embajada del Perú y el Exodo del Mariel.

Una noche de marzo de 1980, al llegar a casa, la encontré sacudida por una enorme conmoción. Mi hermano Nicolás y su esposa habían saltado la cerca de la Embajada del Perú. Castro, en medio de una pataleta por un tiroteo en dicha sede cuando algunos cubanos entraron buscando